

La pasión del Señor

Mateo 26, 14 27,66

Hola amigo. Soy el Oso Ozoli.

Quiero platicarte lo que pasó en el momento más importante de toda la historia de los hombres.

Inicia cuando Jesús quiere cumplir con lo que Dios, su Padre, le pide. El Padre quiere que Jesús le muestre a todos los hombres que Él es quien los ama más que nadie.

¿Tú cómo le muestras a alguien que lo quieres más que a nadie?

Tal vez le das un abrazo, le dices que lo quieres mucho, haces algo que le guste, o le das algo que sabes que le va a encantar.

Pero si tú quieres mostrarle a una persona que la quieres muchísimo, con todo tu corazón, ¿qué haces?

Quizá le dices que la quieres con todo tu corazón. O haces algo que le guste, aunque a ti no te guste tanto. O le das lo que a ti más te gusta.

Jesús tuvo una idea. Para mostrarnos que Él nos ama más que nadie, nos da lo más grande que Él tiene, su propia vida.

Jesús te ama tanto que quiere darte su vida.

¿Pero cómo puedes recibir la vida de Jesús?

¡Jesús hizo un plan maravilloso!

Primero, aceptó dar su vida. Eso se oye fácil, pero ¿tú estás dispuesto a morir para darle tu vida a otro?

Jesús sí, aceptó morir. Así, los que lo van a ver morir, van a saber que Él los ama más que nadie, porque Él da su vida por ellos.

Pero ¿cómo va a hacer contigo y con todas las personas que no vamos a estar en ese momento en que da su vida?

Jesús quiere que todas las personas, de todos los tiempos y de cualquier lugar del mundo, puedan estar presentes cuando Él dé su vida.

Parece que eso es imposible.

Pero para Dios todo es posible. Por eso, el momento en que Jesús da su vida, no sólo va a suceder en el tiempo de los hombres - ya sabes, ese tiempo que se mide con años, meses, días, horas, minutos y segundos-, sino en el tiempo de Dios, es ese tiempo que no se mide.

¿Cómo que no se mide? Sí. No se mide, porque en el tiempo de Dios no hay antes ni después, sino todo sucede en ese preciso momento.

Entonces, es como si desde un solo punto, pudieras ver el antes, el ahora y el después.

Para entenderlo mejor dibuja una línea recta. En ella marca los años 0, 1, ..., 2023. Esta será la línea del tiempo.

Ahora dibuja un punto arriba de esa línea. Ese es el tiempo de Dios. Desde ese punto, puedes marcar una raya a cualquier año en la línea del tiempo.

Así, en el tiempo de Dios, el momento en que Jesús entregue su vida, podrá llegar a las personas que vivieron antes de Jesús y también a las que llegamos después.

Lo malo es que esto inicia con la traición de uno de sus apóstoles: Judas Iscariote. Él va con los sumos sacerdotes, y les dice: “¿Qué quieren darme, y yo se los entregaré?” Ellos le asignaron treinta monedas de plata. Y desde ese momento buscaba una oportunidad para entregarlo.

Treinta monedas de plata es el precio de un esclavo. Así es que Jesús, el Hijo de Dios, el más grande, el mejor, va a ser tratado como un esclavo.

Pero las personas que llegamos después de Jesús, ¿cómo nos vamos a enterar de que Él va a entregar su vida por nosotros?

Jesús tiene otra idea: Por medio del pan y el vino, nos va a dar su propio cuerpo y su propia sangre. El mismo cuerpo y la misma sangre que va a entregar al morir.

Jesús con esto en mente, aprovecha una cena muy importante para los judíos: La Cena Pascual.



Los discípulos se acercan a Jesús y le dicen: “¿Dónde quieres que te hagamos los preparativos para comer la Pascua?” Él les dice: «Vayan a la ciudad, a casa de fulano y díganle: ‘El Maestro dice: Mi tiempo está cerca. En tu casa voy a celebrar la Pascua con mis discípulos’». Los discípulos hacen lo que Jesús les manda y preparan la Pascua.

Al atardecer, se pone a la mesa con los Doce. Y mientras comen, dice: «Yo les aseguro que uno de ustedes me entregará». Muy entristecidos, se ponen a decirle uno por uno: “¿Acaso soy yo, Señor?” Él responde: «El que ha metido conmigo la mano en el plato, ése me entregará. El Hijo del hombre se va, como está escrito de Él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo

del hombre es entregado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!». Entonces preguntó Judas, el que iba a entregarle: “¿Soy yo acaso, Rabbí?” Le dice: «Tú lo has dicho».

Pero ni con esas palabras de parte de Jesús, Judas se arrepiente.

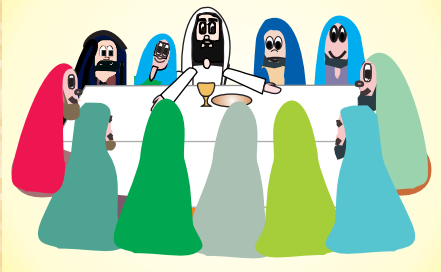
Mientras están comiendo, toma Jesús pan y lo bendice. Lo parte y lo da a sus discípulos. Les dice: «Tomen y coman. Éste es mi Cuerpo». Toma luego una copa y, dadas las gracias, se las da y dice: «Beban de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados. Y les digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con ustedes, nuevo, en el Reino de mi Padre».

¡Este es justo el momento en que Jesús por medio del pan y del vino, nos entrega su propio cuerpo y su propia sangre! El mismo cuerpo y la misma sangre que va a entregar al morir.

Jesús quiere que hagamos esto en conmemoración suya. Pero no es para acordarnos de algo que pasó hace mucho tiempo, sino quiere que, en cada misa, cuando el sacerdote repite estas palabras, nos demos cuenta, de que somos llevados al tiempo de Dios, en el que Jesús está dándonos su vida, porque nos ama más que a nadie. Nos está entregando a cada uno de nosotros, su cuerpo y su sangre.



Cantan los himnos y salen hacia el monte de los Olivos. Entonces les dice Jesús: «Todos ustedes van a escandalizarse de Mí esta noche, porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. Mas después de mi resurrección, iré delante de ustedes a Galilea». Pedro le dice: «Aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré». Jesús le dice: «Yo te aseguro: esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces». Le dice Pedro: «Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré». Y lo mismo dicen también todos los discípulos.



Entonces va Jesús con ellos a una propiedad llamada Getsemaní. Les dice a los discípulos: «Siéntense aquí, mientras voy allá a orar». Se lleva con Él a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo. Y comienza a sentir tristeza y angustia.

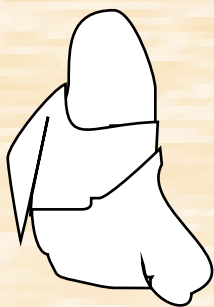
Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir. Quédense aquí y velen conmigo». Se adelanta un poco, cae con el rostro en tierra, y suplica así: «Padre mío, si es posible, que pase de Mí esta copa, pero no sea como Yo quiero, sino como quieres Tú».

Jesús, por un lado, quiere realizar su plan de salvar a los hombres y mostrarles que Él los ama más que nadie. Pero por el otro lado, salvar a los hombres implica hacer suyo todo el pecado, el de todos nosotros. Y el precio del pecado, es la muerte. Así que al hacer suyo nuestro pecado, Jesús debe pagar las consecuencias: el sentirse lejos de Dios y morir. Por eso, le dice a su Padre: «si quieres, aparta de Mí esta copa». Es decir, si es posible que no sienta este dolor tan grande, si hay otra opción para realizar esta obra, sería muy bueno. Pero no quiero que las cosas se hagan como Yo quiero, sino como Tú quieres.

Va con los discípulos y los encuentra dormidos. Le dice a Pedro: «¿Conque no han podido velar una hora conmigo? Velen y oren, para que no caigan en tentación. Que el espíritu está pronto, pero la carne es débil».

¿Recuerdas que Pedro es quien le dice a Jesús: Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré? ¿Crees que va a poder cumplir su promesa? Parece que no va a poder, pues ni siquiera pudo estar despierto, acompañando a Jesús en su oración y en su sufrimiento. Por eso Jesús les pide que estén atentos y orando, porque el espíritu sí quiere hacer cosas buenas, pero la carne es débil y si le hacemos caso, nos quedamos solo con buenas intenciones, pero sin llevarlas a cabo.

Jesús se aleja de nuevo. Por segunda vez ora así: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que Yo la beba, hágase tu voluntad». Volvió otra vez y ¿cómo crees que estaban los apóstoles?



Dormidos.

Los deja y se va a orar por tercera vez. Repite las mismas palabras.

Así es que nadie acompaña a Jesús en ese momento de tanto dolor.

Además, al decirle sí al Padre, acepta sentir que está lejos de Él, junto con el sufrimiento y la muerte.

Pero en lugar de sentirse derrotado y sin fuerza, se levanta. Va con los discípulos y les dice: «Ahora ya pueden dormir y descansar. Miren, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores. ¡Levántense! ¡Vámonos! Miren que el que me va a entregar está cerca».

Todavía está hablando, cuando llega Judas, acompañado de un grupo grande, con espadas y palos. Van de parte de los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo.

Judas les había dado esta señal: «Aquel a quien yo dé un beso, ése es. Agárrenlo». Y al instante se acerca a Jesús y le dice: «¡Salve, Rabbí!», y le da un beso. Jesús le dice: «Amigo, ¿es esto a lo que has venido?» Entonces aquéllos se acercan, le echan mano a Jesús y lo agarran. En esto, uno de los que están con Jesús echa mano a su espada, la saca y hiere al siervo del Sumo Sacerdote. Le corta la oreja. Le dice entonces Jesús: «Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñen espada, a espada morirán. ¿O piensas que no puedo Yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas, ¿cómo se cumplirían las Escrituras de que así debe suceder?»

¿Cuánto nos ama Jesús?

Él que tiene a su disposición a todos los ángeles para librarlo, prefiere morir, para salvarnos.

En ese momento Jesús le dice a la gente: «Como contra un salteador ¿han salido a prenderme con espadas y palos? Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar, y no me detuvieron. Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas». Entonces todos los discípulos lo abandonan y huyen.

¿Por qué lo abandonan? ¿No que hasta iban a dar la vida por Él?

Los que prenden a Jesús lo llevan ante el Sumo Sacerdote Caifás. Ahí están reunidos los escribas y los ancianos.

Pedro va siguiendo de lejos a Jesús, hasta el palacio del Sumo Sacerdote. Cuando entra, se sienta con los criados para ver el final.

Los sumos sacerdotes y el Sanedrín entero andan buscando un falso testimonio contra Jesús para poder darle muerte. Y no lo encuentran, a pesar de que se presentan muchos falsos testigos. Al fin se presentan dos, que dicen: «Éste dijo: Yo puedo destruir el Santuario de Dios, y en tres días edificarlo». Entonces, se levanta el Sumo Sacerdote y le dice: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra ti?» Pero Jesús calla.

Jesús es interrogado por quien tiene el mayor poder religioso, sobre si Él es el Mesías (el nuevo y auténtico Rey, ungido por Dios, para pastorear al pueblo de Israel, el pueblo de Dios). Pero si el Sumo Sacerdote es quien tiene ahora el mayor poder religioso, ¿tú crees que se lo quiere dejar a Jesús? No. Por eso quiere matarlo.

El Sumo Sacerdote le dice: «Te conjuro por Dios vivo que nos digas si Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Le dice Jesús: «Tú lo has dicho».

Jesús está diciendo que Él es el Mesías, el Hijo de Dios. Pero luego añade:

«Pero les digo que a partir de ahora verán al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo».

Es decir, Jesús no solo es un rey ungido por Dios, sino es el más importante de todos los hombres. Por eso está sentado a la derecha del Poder y va a venir sobre las nubes del cielo.

¿Crees que oír eso le gusta al Sumo Sacerdote? No.

Entonces el Sumo Sacerdote rasga sus vestidos y dice: «¡Ha blasfemado!»

Blasfemar es ofender de forma grave a Dios o decir que Él no es el más importante, o el más poderoso. Pero, ¿quién está blasfemando: Jesús o el Sumo Sacerdote?

El Sumo Sacerdote dice: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acaban de oír la blasfemia. ¿Qué les parece?» Ellos responden: «Es reo de muerte».

Entonces se ponen a escupirle en la cara y a darle cachetadas. Y otros le pegan mientras dicen: «Adivina Cristo. ¿Quién es el que te pegó?»

Pedro, mientras, está sentado afuera en el patio. Y una criada se acerca a él y le dice: «También tú estabas con Jesús el Galileo». Pero él lo niega delante de todos y dice: «No sé qué dices». Cuando sale al portal, lo ve otra criada y dice a los que están allí: «Éste estaba con Jesús el Nazoreo». Y de nuevo Pedro lo niega con juramento: «¡Yo no conozco a ese hombre!». Poco después se acercan los que están allí y le dicen a Pedro: «¡Sí es cierto. Tú también eres de ellos. Pues además, tu misma forma de hablar te delata!» Entonces él se puso a jurar: «¡Yo no conozco a ese hombre!» En ese momento canta un gallo. Y Pedro se acuerda de lo que le dijo Jesús: «Antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces». Y se sale afuera a llorar con mucha tristeza.



Llega la mañana. Todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo celebran consejo contra Jesús para darle muerte. Y después de atarlo, lo llevan y lo entregaron al procurador Pilato.

Pilato, es la autoridad romana a la que están sometidos los judíos, en esa época.

Entonces Judas, el que lo entregó, al ver que es condenado, se siente muy mal y con mucho remordimiento. Va y devuelve las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y a los ancianos. Les dice: “Pequé al entregar sangre inocente”. Ellos le dicen: “A nosotros, ¿qué? Tú verás”. Él tira las monedas en el Santuario. Después se retira y se va. Se ahorca. Los sumos sacerdotes recogen las monedas y dicen: “No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque son precio de sangre”. Se ponen de acuerdo en comprar con ellas el Campo del Alfarero, para sepultar ahí a los forasteros. Por esta razón ese campo se llama “Campo de Sangre”, hasta hoy. Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías: “Y tomaron las treinta monedas de plata, cantidad en que fue apreciado aquel a quien pusieron precio algunos hijos de Israel, y las dieron por el Campo del Alfarero, según lo que me ordenó el Señor”.

Como a los romanos no les interesa la religión de los judíos, Pilato no le va a hacer nada a Jesús solo por decir que Él es el Mesías. Por eso el Sanedrín tiene que decir que Jesús se dice rey.

Por eso le pregunta: “¿Eres tú el rey de los judíos?”.

Responde Jesús: «Tú lo dices». Y, mientras los sumos sacerdotes y los ancianos le acusan, no responde nada.

Entonces le dice Pilato: “¿No oyes de cuántas cosas te acusan?” Pero Él a nada responde. Por eso el procurador está muy sorprendido.

Cada Fiesta, el procurador le concede al pueblo la libertad de un preso, el que quieran. Tienen un preso famoso, que se llama Barrabás. Les dice Pilato: “¿A quién quieren que les suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Cristo?”

Pues sabe que lo entregaron por envidia.



Mientras Pilato está sentado en el tribunal, su mujer le manda decir: “No te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa”.

Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencen a la gente para que pida la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Cuando el procurador les dice: “¿A cuál de los dos quieren que les suelte?” Responden: “¡A Barrabás!” Les dice Pilato: “Y ¿qué voy a hacer con Jesús, el llamado Cristo?” Dicen todos: “¡Crucifícalo!” “Pero ¿qué mal ha hecho?”, pregunta Pilato. Pero ellos siguen gritando con más fuerza: “¡Crucifícalo!” Entonces Pilato, ve que no consigue nada y que crece la cantidad de gente. Toma agua y se lava las manos delante de la gente. Les dice: “Inocente soy de la sangre de este justo. Ustedes verán”. Y todo el pueblo responde: “¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!”. Entonces les suelta a Barrabás. Y a Jesús, después de azotarlo, se los entrega para que lo crucifiquen.

Entonces los soldados del procurador llevan consigo a Jesús al pretorio y reúnen alrededor de Él a toda la cohorte. Lo desnudan y le echan encima un manto de púrpura. Trenzan una corona de espinas, se la ponen sobre su cabeza y en su mano derecha una caña. Doblan la rodilla delante de Él y se burlan: “¡Salve, Rey de los judíos!”. Después le escupen, toman la caña y le golpean en la cabeza. Luego le quitan el manto, le ponen sus ropas y lo llevan a crucificar.

Ya se acerca el momento en que Jesús va a entregar su vida por todos nosotros. Y lo va a hacer muriendo como el peor de los criminales, muriendo en una cruz.

Jesús tiene que cargar el mástil horizontal de la cruz, porque el vertical ya está en el lugar de la crucifixión. Como Jesús está agotado, no puede llevar la cruz y por eso obligan a un hombre que viene del campo, llamado Simón de Cirene, a que cargue la cruz y que la lleve detrás de Jesús.

Llegan a un lugar que se llama Gólgota. Esto es, "Calvario". Le dan a beber vino mezclado con hiel. Pero Él, después de probarlo, no quiere beberlo. Una vez que le crucifican, los soldados se reparten sus vestidos, echando suertes. Y se quedan sentados allí para custodiarlo. Sobre su cabeza ponen por escrito la causa de su condena: "Este es Jesús, el rey de los judíos". Y al mismo tiempo que a Él, crucifican a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda de Jesús.

Los que pasan por allí le insultan, mueven la cabeza y dicen: "Tú que destruyes el Santuario y en tres días lo levantas, ¡sálvate a ti mismo, si eres hijo de Dios, y baja de la cruz!"

También los sumos sacerdotes, junto con los escribas y los ancianos se burlan de Él y le dicen: "A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y creeremos en Él. Ha puesto su confianza en Dios, que lo salve ahora, si es que de verdad lo quiere. Ya que dijo: 'Soy hijo de Dios'".

También lo insultan los dos ladrones crucificados con Él.

Para todos ellos es obvio que si Jesús es el Hijo de Dios, entonces Dios no lo va a dejar morir, sino que lo va a bajar de la cruz y lo va a salvar. ¿Tú crees que Jesús, que salvó a muchos, puede ahora bajarse de la cruz y salvarse? Claro que puede. Pero ¿quién es más poderoso y grande, el que salva a uno o el que salva a todos? El que salva a todos.

Jesús al morir y no salvarse a sí mismo, nos está salvando a todos. Por eso Él es el más poderoso, el más grande.

Desde la hora sexta hay oscuridad sobre toda la tierra, hasta la hora nona. Eso es, que desde las 12 del día hasta las 3 de la tarde hay una oscuridad, que dura todo el tiempo que Jesús está en la cruz.

Y cerca de la hora nona, Jesús clama con fuerte voz: «¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?». Esto es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» Al oír eso, algunos de los que están allí dicen: "Llama a Elías".

Jesús siente muy lejos a su Padre, como consecuencia de haber hecho suyo nuestro pecado. Pero Él sabe que aunque no siente cerca a su Padre, Él está ahí, por eso le habla.

Uno de los que está ahí, corre a tomar una esponja, la empapa en vinagre, la sujeta a una caña y le ofrece de beber. Pero los otros dicen: "Deja, vamos a ver si viene Elías a salvarle". Jesús da de nuevo un fuerte grito y exhala el espíritu.

Jesús ha muerto. Ha dado su vida por nosotros.

En esto, el velo del Santuario se rasga en dos, de arriba a abajo.

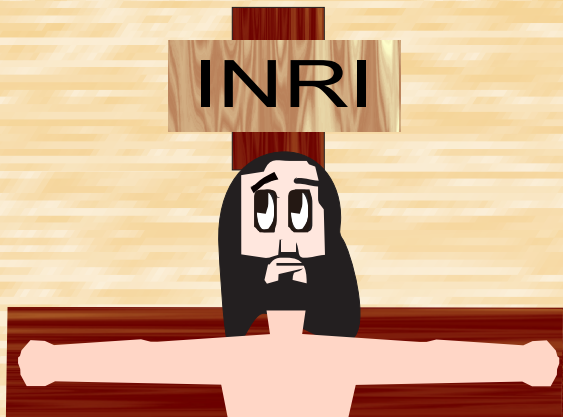
Eso es, porque Jesús con su muerte abre el acceso a Dios para todos. Gracias a Jesús, todos somos amados, perdonados y salvados por Dios.

Tiembla la tierra y las rocas se parten. Se abren los sepulcros y muchos cuerpos de santos difuntos resucitan. Salen de los sepulcros y después de la resurrección de Jesús, entran en la Ciudad Santa y se aparecen a muchos. Porque Jesús al morir por nosotros, nos está librando de la muerte. Por eso, las personas están resucitando.



Por su parte, el centurión y los soldados que están con él cuidando a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasa, se llenan de miedo y dicen: "De verdad éste era hijo de Dios".

Este soldado romano, que tiene a su cargo 100 soldados, reconoce que Jesús es el Hijo de Dios. ¡Él sí reconoce a Jesús! En cambio, los judíos, que se supone que conocen muy bien a Dios, no.





Hay allí muchas mujeres que ven desde lejos. Son las que han seguido a Jesús desde Galilea para servirle. Entre ellas están María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la mamá de los hijos de Zebedeo.

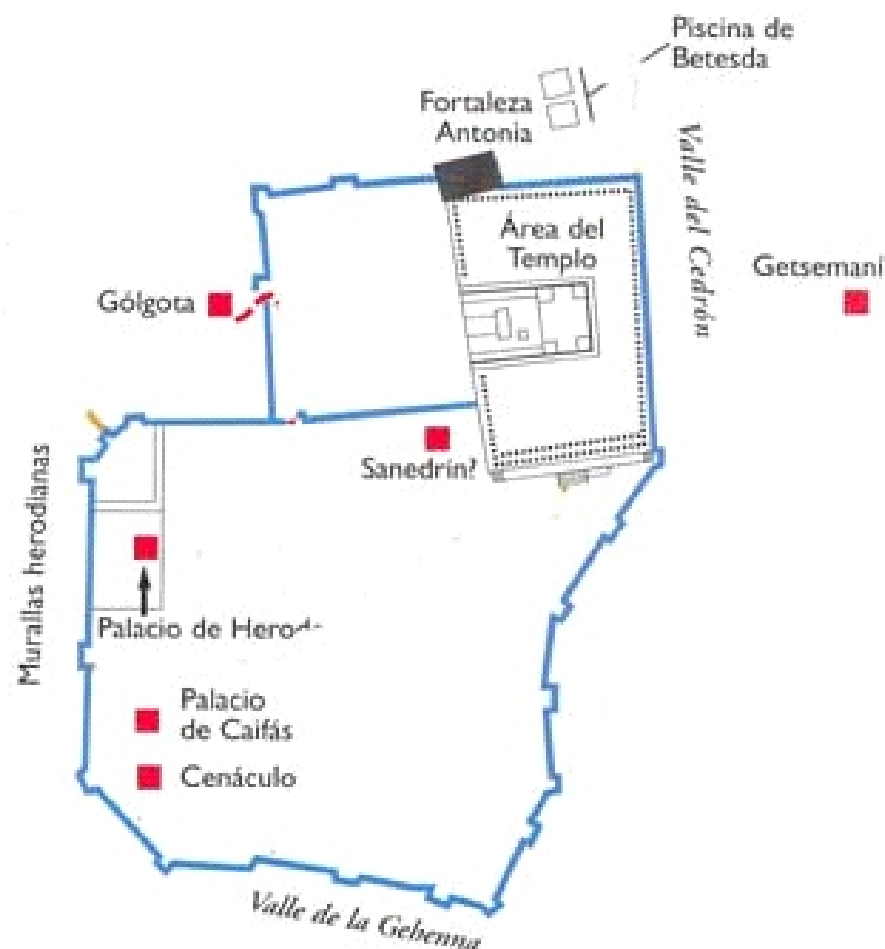
Al atardecer, viene un hombre rico de Arimatea. Se llama José. También es discípulo de Jesús. Va con Pilato y le pide el cuerpo de Jesús. Pilato da la orden de que se lo den. José toma el cuerpo, lo envuelve en una sábana limpia y lo pone en su sepulcro nuevo que había mandado excavar en la roca. Luego rueda una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se va.

Así es como se entierra a los muertos.

Están allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro.

Al otro día, que es el siguiente a la Preparación, se reúnen los sumos sacerdotes y los fariseos. Van ante Pilato y le dicen: “Señor, recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: ‘A los tres días resucitaré’. Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan luego al pueblo: ‘Resucitó de entre los muertos’. Y el último engaño sea peor que el primero”. Pilato les dice: “Tienen una guardia. Vayan, asegúrenlo como saben”. Ellos van y aseguran el sepulcro: sellan la piedra y ponen la guardia.

Erika M. Padilla



Este es un mapa de la ciudad de Jerusalén en tiempo de Jesús. Vuelve a leer el texto, para que marques en el mapa, toda la ruta que sigue Jesús desde el Cenáculo hasta el Calvario.

Mientras la marcas, acompaña a Jesús en su camino.